

La universidad después del 11 de septiembre

William G. Tierney

Wilbur Kieffer Professor of Higher Education
Director Centro para la investigación de políticas en Educación Superior
Universidad del Sur de California, USA.

Los comentaristas han sido cándidos al decir que “todo cambió” después de la tragedia de hace un año. Parte de lo que cambió fue, aparentemente, la bruma de relativismo moral que se levantó para convertirnos en una nación unida en cuanto a su capacidad para hablar con una voz clara; somos capaces de condenar a los terroristas y de utilizar todos los medios a nuestro alcance para erradicarlos, donde quiera que podamos encontrarlos. Quiénes son nuestros amigos y quiénes nuestros enemigos, es igualmente claro. Como lo dijo Presidente Bush, poco después del ataque de septiembre: si usted apoya terroristas, entonces usted es un terrorista. La nación se ha unido alrededor del llamado del Presidente para tomar las armas; somos una nación en guerra.

Aquellos de nosotros que trabajamos en universidades, nunca hemos hecho un buen trabajo cuando somos llamados a enfilarnos y a actuar con una única versión de claridad moral. En la medida en que trabajamos en organizaciones dedicadas al intelecto, estamos entrenados para ver los eventos y fenómenos desde múltiples perspectivas y para trenzarnos entre profesores y con los estudiantes en el diálogo y el debate racionales; es aquí donde encontramos el sentido de complejidad, pero no de simplicidad del mundo. Consecuentemente, cuando alguien nos dice “mi país está bien, o cállese” reaccionamos en forma refleja.

Una reacción posible, desde luego, es caer en las filas y hacer lo que se nos pide. ¿A quién le interesa la ambigüedad y la incertidumbre cuando la casa está en llamas? Simplemente se toma un recipiente y se empieza a apagar el fuego. Una segunda posible actitud es la de no callar y asegurarnos de que nuestras instituciones siguen siendo arenas propicias para la conversación juiciosa sobre los problemas de la nación.

Seguramente, seremos reprimidos por no seguir las órdenes. La Asamblea de Carolina del Norte ha procedido a recortar el presupuesto de la Universidad porque el listado de lecturas para los estudiantes en el semestre del otoño incluyó un libro sobre el Corán. De la misma manera, el gobernador y los legisladores de Colorado han denunciado a su Universidad por invitar como conferencista a Hanan Ashrawi, un escritor y educador palestino. En Missouri, los legisladores han intentado recortar el presupuesto de la Universidad porque el director de la estación pública de televisión decidió que el personal no usara insignias con la bandera frente a las cámaras. Leonard Peikoff sacó una página entera en el *New York Times* para hacer saber que el obstáculo más grande para la victoria de los Estados Unidos era “sus propios intelectuales...y multiculturalistas que rechazan el concepto de objetividad.” Se ha establecido un sitio electrónico para hacer el control de facultades e instituciones que son críticas de las acciones de los Estados Unidos en el Oriente Medio, y nombres propios de profesores fueron divulgados allí, como “hostiles” a Norteamérica; el resultado no se hizo esperar: los correos electrónicos de estos profesores fueron inundados con miles de mensajes.

El Comité Nacional de Consejeros Superiores y de exalumnos ha condenado a profesores porque, acorde con el punto de vista del Comité, no han sido suficientemente explícitos en favor de la administración del

Presidente Bush. En un informe reciente el Comité informó que muchos profesores “invocaron tolerancia y diversidad como antídotos para el mal.” De las 3.600 instituciones universitarias (universidades y *colleges*) de los Estados Unidos, el Comité citó a 117 por sus comentarios no patrióticos. Comentarios, tales como “tenemos que aprender a usar el coraje más para la paz que para la guerra”, de un profesor de estudios religiosos en la universidad de Pomona, fue criticado. El Comité de marras no es un ente decorativo: Lynne Cheney, el exgobernador Dick Lamm, William Bennet, Joe Lieberman y David Reisman han estado en sus varios subcomités. El informe alcanza a decir que la voz del profesorado ha sido muda para condenar los ataques terroristas y han carecido de patriotismo.

En el Congreso ocurrió una zambra en la discusión del Acta Patriótica. Como un esfuerzo más para desterrar a los terroristas, el Congreso creó una ley que tiene especificaciones muy precisas para la vida universitaria: los oficiales federales pueden ahora tomar información, acerca de los estudiantes, del Centro Nacional para las Estadísticas Educativas; los oficiales del gobierno pueden buscar información grabada en correos de voz en las universidades, sin autorización; si bien todavía se requiere una orden para la pesquisa, ésta se puede obtener ahora más fácilmente.

La capacidad del gobierno para obtener autorizaciones de las cortes para la vigilancia electrónica se ha incrementado; ahora pueden instalar instrumentos tales como *Carnívoro*, con un espectro de posibilidades ampliamente expandido para hacer el seguimiento del uso de la Internet. Los registros de los estudiantes pueden ahora ser entregados al gobierno sin el consentimiento del estudiante y, más aún, con orden de la corte, la institución académica está en la obligación de no informarle el asunto al estudiante. En forma similar, los oficiales gubernamentales pueden pedir el registro de los libros que los estudiantes graduados han sacado de la biblioteca, con la instrucción para el bibliotecólogo de mantener la boca cerrada sobre el asunto. En otras palabras con la mayor parte del Acta Patriótica no hay forma de seguir estos procesos. El hermano grande ha llegado.

El gobierno también se ha movido en varios otros frentes aparentemente relacionados. Si una institución académica declara que los reclutadores militares no son bienvenidos en la ciudadela universitaria, para evitar la discriminación militar que se cierne sobre gays y lesbianas, se puede correr el riesgo de que la financiación federal sea suspendida. Dos instituciones fueron, recientemente, presionadas por este asunto; ellas fueron Harvard y la Universidad de Carolina del Sur: la facultad de derecho de ésta última institución opuso resistencia para la entrada de los reclutadores y propuso que los estudiantes interesados en el servicio militar se entrevistaran con aquellos fuera de la institución; el resultado fue que el Departamento de Defensa procedió a suspender el financiamiento federal para toda la Universidad; entonces ésta cedió y ahora los reclutadores pueden hacer su trabajo en la oficina de asuntos estudiantiles.

El Departamento de Educación de los Estados Unidos ha procedido a eliminar de su sitio *web* cualquier vínculo con investigadores e instituciones que tengan políticas que no están de acuerdo con la administración de Bush. Esta eliminación no tiene nada que ver con la lucha contra el terrorismo, pero en un mundo donde la certeza moral es honrada sobre todas las cosas ¿qué necesidad hay de soportar el fastidio de tener en cuenta puntos de vista distintos sobre un asunto determinado? Una comisión federal para la defensa de los sujetos humanos fue disintegrada porque, ante los ojos de muchos, no está de acuerdo con los estándares ideológicos determinados por la administración de Bush. La oficina de Seguridad Doméstica (Homeland Security) ha expresado su intención de limitar la publicación científica, especialmente de datos que puedan conducir a la replicación de los resultados; en efecto, la investigación en algunas áreas puede cambiar del “derecho al conocimiento” por la “necesidad del conocimiento”, lo cual deroga los presupuestos fundamentales de la libertad académica y de la investigación. La transparencia está en el corazón mismo de la investigación académica, pero ésta también será eliminada.

Una posible reacción es alzar nuestros hombros colectivamente, seguir haciendo nuestro trabajo y no pensar demasiado sobre las ramificaciones de los cambios que están ocurriendo. Durante los tiempos de crisis, tal

vez, es más cómodo no invitar conferencistas controvertidos a la universidad; la lectura de libros controvertidos también, seguramente, va a invitar la ira de algunos individuos; entonces ¿por qué no seleccionar textos que sean centristas? Puede estar mal que los agentes federales obtengan información confidencial de mis estudiantes graduados; pero si éstos no tienen nada que esconder, ¿cuál es el problema? En fin, ¿A quién le importan los libros que mis estudiantes lean? Quizás el Departamento de Defensa se comporta un poquito a contrapelo en su reclutamiento, pero es tiempo de guerra; ¿no deberíamos simplemente enrolarnos y silenciar nuestras objeciones?

Cuando empezamos a hacer tales preguntas, como si las respuestas fueran autoevidentes, estamos degradando los principios de la vida académica: la investigación, el descubrimiento, y la verdad. Como lo escribió Mary Burgan, Secretaria General de la Asociación Americana de Profesores Universitarios: *"La universidad es un lugar para buscar la fuente de las ideas que nos amenazan – para encontrar las causas y buscar explicaciones y soluciones con base en el conocimiento"*. La libertad de cátedra no es un lujo de tiempo de paz; es una necesidad si creemos que el intercambio libre de ideas es fundamental para una democracia sana.

La democracia es una conversación ruidosa y un propósito fundamental de las universidades ha sido el de convocar este diálogo. Aquellos que creen que la ambigüedad moral y el disenso son inmorales, olvidan la razón por la cual murieron aquellos individuos que ingresaron en los edificios en llamas del 11 de septiembre. La responsabilidad del profesorado no es recluir hasta los confines de sus oficinas y esperar hasta que pase el terror; la obligación del académico es convocar el diálogo amplio en todos los espacios universitarios.

*Traducción de Jorge Ossa L.
(Autorizada por el autor)*